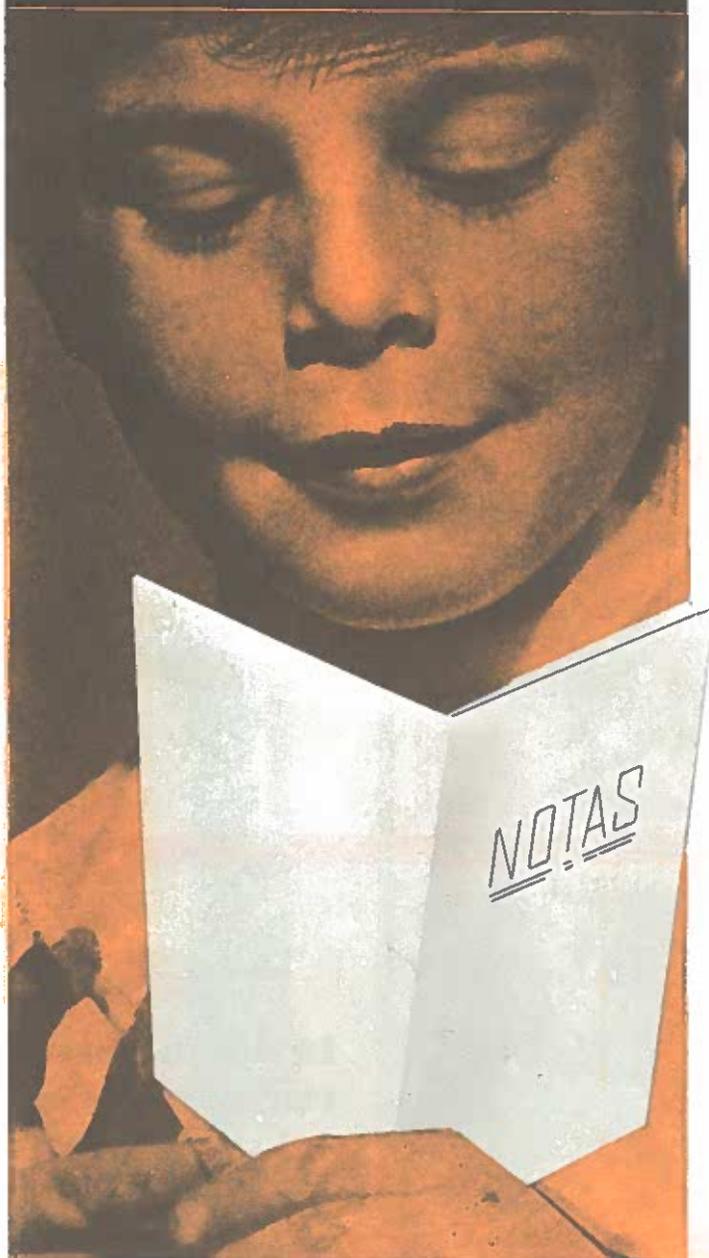


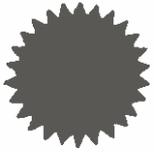


Como leer un boletín de notas ?



Quando leemos un boletín de fin de curso, la primera actitud que debemos imponernos es la de una fría objetividad, ya sea en un sentido o en otro. Porque es tan absurdo aplaudir con exceso los éxitos escolares de un niño, como sufrir una crisis de negro pesimismo porque él no haya triunfado en los exámenes.

El colegio está lejos de ser una escuela de vida: alguno que felicitábamos por sus éxitos escolares, no ha mantenido sus promesas; sin embargo, otro, del que todo el mundo dudaba, ha tenido un éxito profesional y social considerables.



si el boletín es excelente

- evitar optimismo
- el premio no es lo importante

Si el boletín de vuestro hijo es excelente, debéis evitar toda exageración; no forméis sobre él un

Porque esta «excelencia» puede provenir de ciertos dones naturales, demasiado trascendentes para no manifestar de cualquier forma sus efectos. No se trata, entonces, de trabajo, sino de una gran facilidad de asimilación, en la cual la memoria juega un papel principal; y esto es exactamente lo contrario de trabajo. Si ponéis a este niño en competición con cualquier otro, podréis estar seguros de que superará a todo el mundo. Queda por sa-

taciones y premios no es el resultado definitivo (ya esté formulado bajo la forma de porcentaje de puntos o de puestos en clase), sino la causa moral de este resultado, es decir, la aplicación, la perseverancia, la paciencia, el esfuerzo metódico, la concentración de espíritu; todas esas virtudes del escolar, sin las cuales su porcentaje de puntos o su puesto en clase no tienen significado, por lo menos respecto al porvenir.

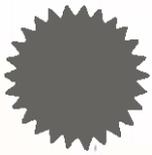


juicio que los hechos podrían un día desmentir. Preguntaos, más bien, por qué este boletín es excelente...

ber si eso continuará y si, en su vida profesional, su facilidad escolar no habrá sido un «handicap».

Lo que debe ser objeto de felici-

Ciertamente, es necesario saber felicitar y recompensar al alumno bien dotado; pero a condición de que sea también trabajador, ya que



no es lo más importante el talento, sino su buena utilización. De cualquier modo, no le demos jamás la impresión de halagar su orgullo o su vanidad.

si el boletín es mediano

- no sentirse defraudados
- saber esperar

En cuanto a un boletín de escolar medio, no sintamos inquietud por-

que no sea mejor, aunque nos decepcione y mortifique nuestra propia vanidad. Más bien admitamos que el boletín de un niño medianamente dotado debe ser, necesariamente, mediano. Eso está dentro de la lógica y si nosotros esperamos más es que carecemos de objetividad. En el caso del alumno excelente hemos dicho que el talento no suple al trabajo. Del alumno medio, por el contrario, podríamos decir que el trabajo no suple al talento. Estas dos verdades son tan evidentes una como la otra.

Advirtamos, por otra parte, que, cuando emitimos un juicio sobre un alumno, debemos plantearnos la cuestión del programa de estudios que le hemos aplicado, pues éste puede ser más o menos fácil de comprender y de asimilar. Un chico que ocupa el 15.º puesto en humanidades greco-latinas puede ser el 4.º en matemáticas. El 3.º en clase de gramática será, quizá, el último en ciencias naturales.

Como quiera que sea, estando ya hecha la elección (y no olvidemos que somos nosotros los que elegimos) sería ilógico exigir a un niño más de lo que puede dar de sí. Por tanto, cuando revisamos sus notas, debemos tener en cuenta, a la vez, su talento, su trabajo y las dificultades que él ha encontrado en la comprensión y asimilación de su programa escolar.

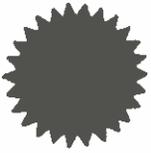
si el boletín es malo

- buscar la causa
- organizar el trabajo

En general se piensa, con razón, que los boletines del alumno excelente o del alumno medio, no son los más difíciles de interpretar. Por decepcionante que este boletín pueda ser, esta decepción no es nada al lado de la que un boletín malo puede provocar.

Porque un boletín puede ser malo en dos sentidos: en primer lugar, puede obligar a un niño a interrumpir los estudios que había emprendido, lo que no quiere decir que otros estudios sean imposibles. En segundo lugar, puede detener los estudios del chico condicionalmente, en el sentido de que, para poder continuarlos, debe someterse a tal o cual examen o repetir curso.

Esta distinción es esencial. En efecto, en el primer caso, nos encontramos ante una alternativa: ¿Es preferible —para el niño— renunciar al ciclo escolar en el cual le habíamos matriculado, o vale más que él repita el curso? La respuesta a esta pregunta no depende únicamente de nosotros, sino, principalmente, de él. Es decir, de sus medios mentales, de su carácter, de su personalidad, de sus gustos, de su salud, de múltiples factores cuyo



examen psico-pedagógico debe tenerse muy en cuenta.

En el segundo caso, no se plantea ningún problema, sino el de la organización de las vacaciones. En nuestra opinión, un niño que debe someterse a lo que se llama «exámenes de paso» debe, ciertamente prepararlos y hacer todo lo posible por superar esta prueba. Por la sencilla razón de que su profesor no le aconsejaría prepararlos si estimase que sería un seguro fracaso.

en uno u otro caso

● ¿quién tiene la culpa?

No obstante, en un caso u otro, no nos dejemos llevar del mal humor. Tratemos, más bien, de diagnosticar las causas del fracaso, ya sea relativo o absoluto. En particular, distingamos honestamente entre causas escolares y extra-escolares.

Por causas EXTRA - ESCOLARES entendemos todas las que son fortuitas y no ponen directamente en causa el talento o el trabajo del niño: por ejemplo, un estado de salud deficiente, un desarrollo difícil, una larga convalecencia, un cambio de colegio, una desavenencia entre los padres o incompreensión entre alumno y profesor. Todas estas causas no tienen nada de definitivo y pue-

den solucionarse ellas mismas al año siguiente.

Por otra parte, las causas específicamente **escolares** comprometen necesariamente los estudios de un niño; exigen, pues, mucha más prudencia en el diagnóstico. Desde el punto de vista mental, citemos la falta de concentración, de atención, de análisis, de síntesis, de inteligencia abstracta o concreta, de memoria de las palabras, particularmente importante en humanidades grecolatinas, puesto que el niño debe registrar y retener tres o cuatro vocabularios diferentes (francés o inglés, latín y español), con todas las formas y flexiones que estas palabras pueden presentar.

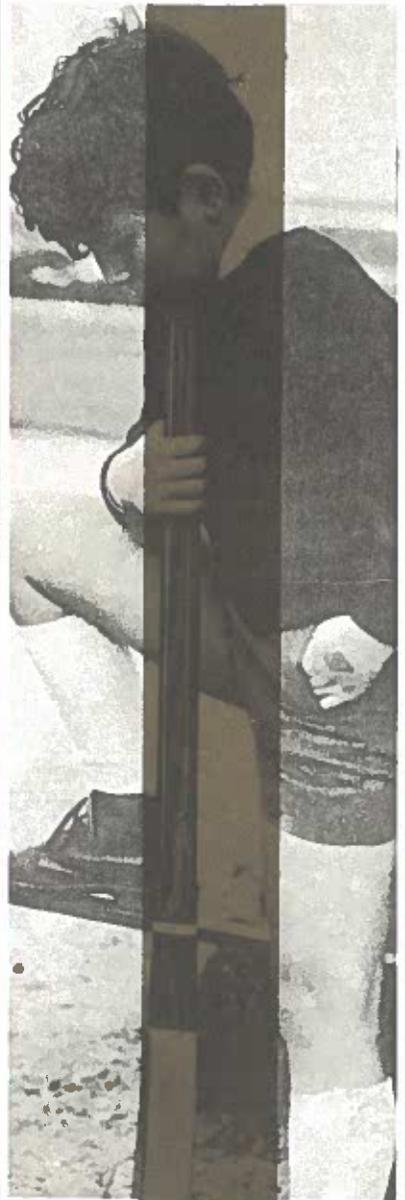
Desde el punto de vista del carácter, citemos la pereza, la negligencia, la ausencia de método, etc. Y desde el punto de vista de la personalidad, la inestabilidad emocional, la pobreza afectiva, introversión o extraversión excesivas, sentimientos de inferioridad, actitudes agresivas u hostiles, etc.

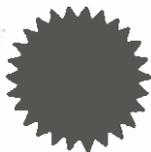
las causas escolares del fracaso son, a veces, irremediables

Es evidente que alguno de estos casos específicamente escolares pueden ser eliminados o, por lo me-

nos, atenuados en cuanto a sus efectos; otros son definitivos.

Entre éstos anotemos todo defecto grave de la estructura psicológica. Si un niño no es bastante inte-





ligente para emprender un ciclo escolar determinado (por ejemplo, las humanidades clásicas o modernas), ningún método, por perseverante y eficaz que sea, podrá, como dice el Evangelio, «añadir un codo a su estatura». Contrariamente a lo que creen todavía muchos educadores, la inteligencia (palabra, por otra parte, vaga) es un potencial disponible que se puede tratar de utilizar al máximo, pero que, hacia la edad de trece o catorce años, ya no aumenta.

La memoria (otra palabra vaga) no es tampoco indefinidamente extensible. Aún cuando unos ejercicios metódicos pueden enseñar a

utilizarla mejor, nadie será capaz de crearla allí donde no existe. Como lo demuestra un buen número de exámenes psicológicos, esta falta de memoria, particularmente en lo que concierne a las palabras, es el origen de una cantidad de fracasos, o semi-fracasos, en la rama de letras.

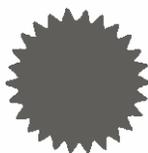
El espíritu de análisis y de síntesis, necesarios uno y otro para las humanidades clásicas, constituyen también una estructura mental que se posee o no. Un método apropiado puede desarrollarlos, pero es improbable que los cree jamás.

Los defectos de carácter pueden ser, frecuentemente, corregidos

Por otra parte, los defectos de carácter y, mejor, de personalidad pueden ser corregidos en una gran proporción.

De un alumno negligente, por ejemplo, se puede hacer un escolar activo, incluso hiper-activo. Para ello es suficiente que se le inculque un poco de ambición, que él triunfe





en alguna cosa, aunque no sea más que en algo secundario.

Del mismo modo, con recompensas bien dosificadas, se puede corregir la ligereza de espíritu. Lo que se llama «falta de madurez» (nueva palabra vaga) se corrige, a veces, por medio de lecturas, discusiones, viajes, buenas amistades y por una perfecta integración en los ambientes familiar y escolar.

En cuanto a las deficiencias más graves, como la hiper-emotividad, origen de temor y, por consiguiente, de fracaso en los exámenes, es suficiente, en la mayoría de los casos, muy poca cosa (un ligero calmante, por ejemplo) para llegar a vencerla.

Una psicoterapia, de la que el niño apenas se dará cuenta, puede, en algunas semanas, resolver los efectos de una introversión o de una extraversión excesiva, de una agresividad crónica respecto al profesor o al ambiente escolar, de una indisciplina (siempre perjudicial para los buenos estudios), de una crisis de escrúpulos morales o religiosos



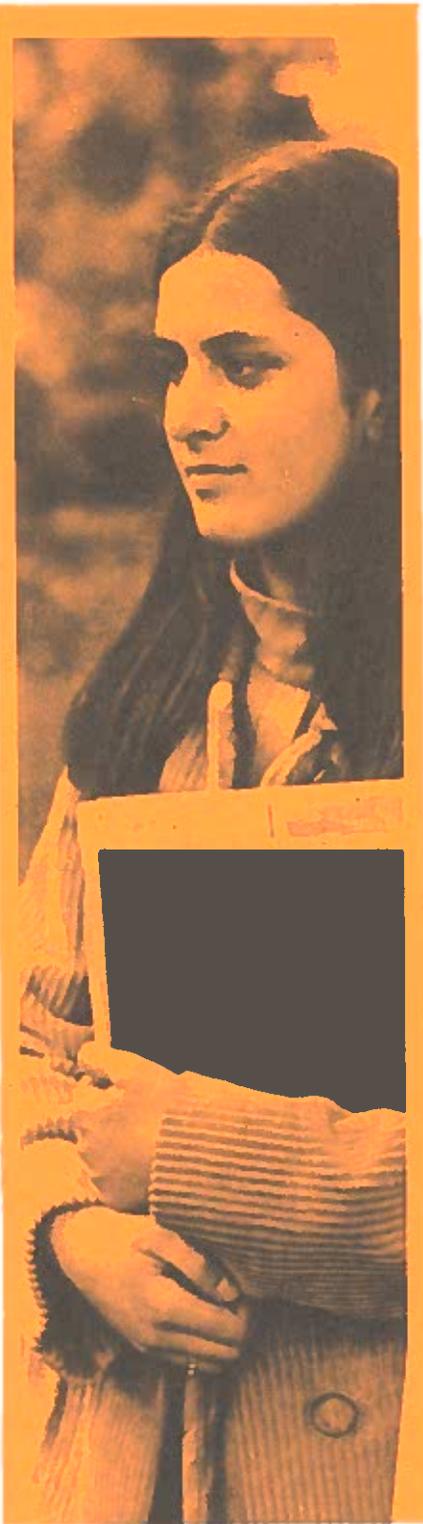
(otra causa, ignorada, de gran número de fracasos escolares) o de trastornos afectivos más serios todavía.

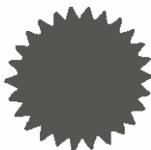
Como se ve, los defectos más dignos de preocupación son los defectos de estructura, pues éstos son lo que son y nada puede remediarlos. Los defectos menos serios son simples desviaciones de estructura, los cuales, si no pueden ser integralmente corregidos, son, sin embargo, siempre susceptibles de enmienda.

para leer bien un boletín de fin de curso

- ser objetivos

Para leer bien un boletín de fin de curso es necesario, pues tener en





cuenta múltiples factores —tanto escolares como extra-escolares— que han motivado el fracaso, y no dejarse sugestionar por unos resultados totales que tienen, ciertamente, significación por sí mismos, pero que deben ser interpretados, sobre todo, en función del porvenir.

Por tanto, para interpretar bien estos resultados, hay que discutirlos objetivamente; y para discutirlos objetivamente es necesario un interlocutor al corriente de estos problemas, el cual, según los casos, será el prefecto de estudios o el profesor. Aquí, como en no pocas dificultades de otro tipo, es necesaria una estrecha colaboración entre los padres y los educadores a los que han sido confiados sus hijos.

A propósito de esto, rechacemos esa idea, completamente errónea, de que la —causa— de los fracasos (o el conjunto de las causas) está inscrita en unas cifras (sean éstas un puesto en la clase o un porcentaje de puntos). En uno u otro caso, la cifra no informa sobre la capacidad real de un alumno ni sobre la causa de su fracaso, sea absoluto o relativo. No enuncia, pues un diagnóstico; es a este dato al que debe referirse el diagnóstico.

Para poder diagnosticar, la primera pregunta que los padres deben plantear al profesor de su hijo es ésta: «¿Estima Vd. que estas malas notas son debidas a una causa escolar o extra-escolar?» Como veremos en seguida, de la respuesta da-

da a esta pregunta dependerá el resultado de la conversación.

En efecto, si la causa es extra-escolar, no hay motivo para orientar al niño hacia otros estudios: él está en el buen camino y todo cambio de orientación no haría más que agravar su déficit. Por otra parte, es preciso curar el «handicap» que sufre, en particular en todo lo que concierne a su estado de salud, fatiga nerviosa, crisis de desarrollo, etc. El médico de familia dirá la última palabra y será necesario seguir su consejo.

Si la causa es de origen ESCOLAR, puede provenir de medios mentales insuficientes, de defectos de carácter o de trastornos de personalidad.

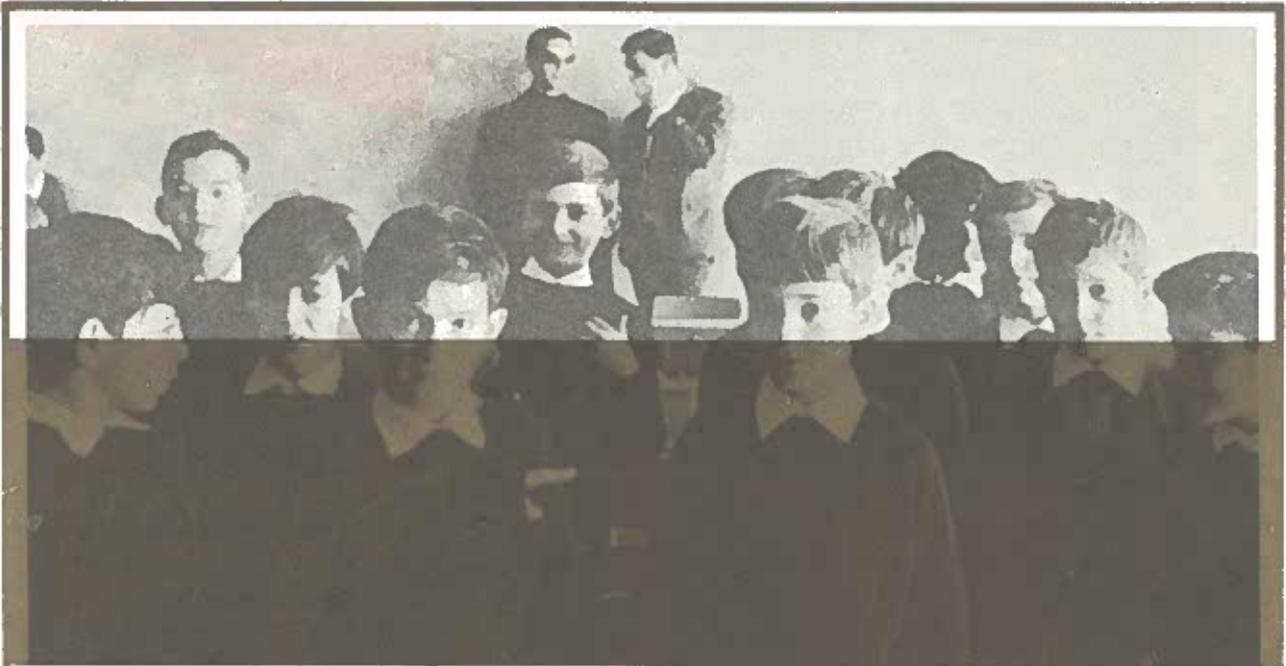
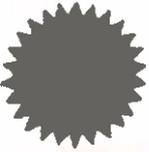
En los dos últimos casos, no creemos tampoco que una nueva orientación escolar pueda ser eficaz. Es más bien problema de pedagogía o (aunque el término tiene «mala prensa») de psico-pedagogía. De un alumno que fracasa en sus estudios porque es indisciplinado, negligente o distraído se puede, ciertamente, hacer un alumno más dueño de sí mismo, más trabajador, más concentrado en su trabajo; pero es preciso tomar medidas, que no deben ser, necesariamente, la severidad, los castigos, las crisis y las lágrimas.

Igualmente, con una psicoterapia apropiada a su caso, se puede mejorar el rendimiento escolar de un alumno hiper-emotivo, víctima de

sus sentimientos de inferioridad, de su timidez, de su ansiedad, de sus escrúpulos morales y religiosos, de sus fobias o de sus manías.

Queda únicamente, pues, el caso del alumno que (ya sea de una forma absoluta, ya relativa) fracasa en los estudios que ha emprendido, por un motivo estrictamente mental o psicológico. En este caso, el problema es grave, y los padres deberán tener interés en discutirlo con el profesor de su hijo. Porque él dispone de otros elementos de juicio que los exámenes: los deberes, las lecciones, las preguntas y las respuestas del alumno en clase, su actitud de atención o inatención, sus cuadernos y sus notas de curso, ciertas conversaciones, etc. Todo eso permite al profesor hacerse una idea mucho más exacta (o, en todo caso, más completa) sobre los medios psicológicos de su alumno, que los resultados que señalan los exámenes, estimados según un baremo oficial.

Por consiguiente, para leer o interpretar bien un boletín de fin de curso (sobre todo si éste es desastroso y parece comprometer el porvenir escolar del niño) es preciso juzgar con conocimiento de causa y no dejarse llevar del mal humor, la decepción o la cólera, simplemente porque las cifras señalan un déficit.



dos causas de error de apreciación

- comparar con otros
- exagerar importancia

Para terminar, indiquemos brevemente dos causas de errores de apreciación que nos inclinan, frecuentemente, al pesimismo y que, sin embargo, no autorizan a emitir un diagnóstico serio a propósito de los medios psicológicos del niño.

En primer lugar, nos sugestionamos con su calificación, de la que decimos que es mucho peor que la del año precedente, llegando a la conclusión de que el niño ha trabajado menos y que su rendimiento ha bajado; hasta el punto de que no

podrá continuar los estudios que ha emprendido. Eso puede ser verdad, lo mismo que puede ser falso. Una vez más, es el profesor el que debe decidir, pues dispone de elementos de juicio que los exámenes no sabrían proporcionar. Una competición (o un conjunto de competiciones) da, por definición, un resultado relativo, no absoluto; y éste sería necesario, sin embargo, para poder emitir un juicio de valor sobre los medios intrínsecos del competidor.

Por otra parte, hacemos una distinción entre ramas principales y secundarias de un mismo programa de estudios. Sin embargo, cuando se trata de dar un diagnóstico de los medios psicológicos de un niño y emitir un juicio de valor sobre el motivo de sus fracasos escolares, un examen de historia, de geografía, incluso de gimnasia, puede tener

tanta importancia como un examen de versión latina o de álgebra.

Esta distinción que solemos hacer proviene, sin duda, de ese prejuicio que nos induce a conceder a la «inteligencia» una importancia que no atribuimos a la «memoria».

La lectura e interpretación de un boletín de fin de curso (sobre todo si es malo) son, pues, cosas difíciles. Por tanto, antes de ceder a unos impulsos que estropean nuestras vacaciones y las del niño, debemos rodearnos de ciertas garantías de objetividad, siendo la primera el diagnóstico autorizado del profesor.

J. M. Buck, S. J.

*«Famille, College et Institut»
184 Rue Washington - Bruselas*